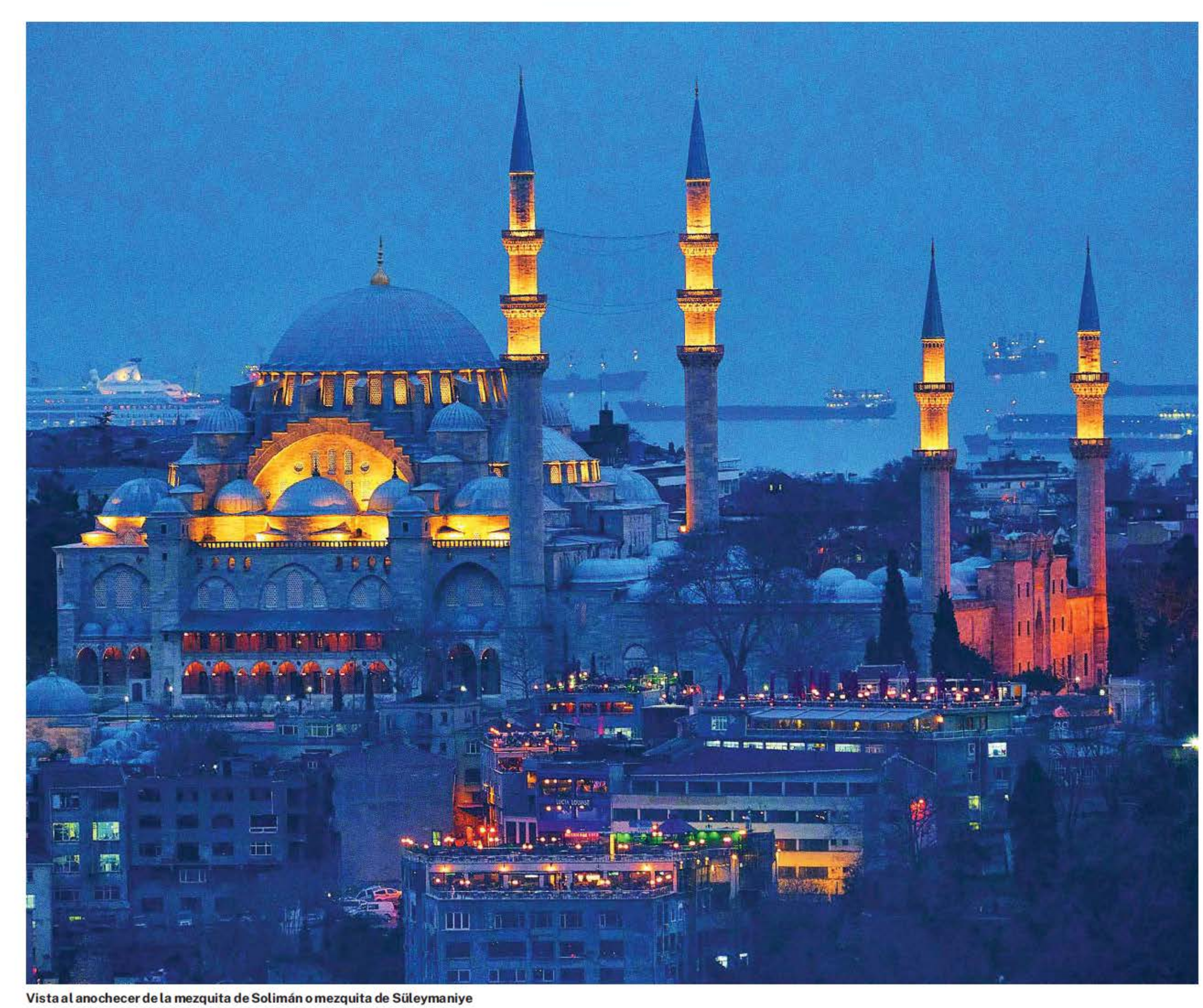
Del embrujo de Estambul a la magia de Capadocia

En la encrucijada de Asia y Europa, viajar a Turquía supone descubrir uno de los destinos más apasionantes del mundo, con paisajes únicos que enganchan



Vista al anochecer de la mezquita de Solimán o mezquita de Süleymaniye

Guía

POR JAVIER GARCÍA BLANCO

El sol lleva toda la mañana riñendo con una neblina pegajosa que parece empeñada en no disiparse. Justo cuando desde los minaretes comienza a escucharse la melódica llamada al rezo del mediodía, el sol se impone por fin y los primeros rayos, todavía tímidos, iluminan las cúpulas de las mezquitas. Estambul lleva horas poseída por su frenesí habitual, que lo agita todo, pero con la aparición del sol parece animarse aún más. Los vendedores de simit (roscas de pan con sésamo) anuncian su producto con más entusiasmo; un gato –de los miles que pululan por la metrópoli– se despereza y echa a correr por el parque de Sultanahmet; turistas y devotos aprietan el paso y ponen rumbo hacia la cercana Ayasofya (Santa Sofía): unos para honrar con sus rezos a Allah, otros para admirarse –cuando acabe la oración– con un templo que lleva en pie casi 1.500 años y ha tenido muchas vidas: iglesia, mezquita, museo y, de nuevo, mezquita.

Estamos en la llamada península histórica, la porción de la ciudad que en su día ocupó Bizancio y siglos después Constantinopla; antes de que los otomanos se hicieran con la urbe en el siglo XV, aquí, en lo que hoy se conoce como Sultanahmet, se levantaba el Hipódromo, donde se celebraban las carreras de cuádrigas. De aquel gigantesco recinto con capacidad para 60.000 espectadores, hoy apenas quedan tres piezas: el obelisco de Tutmosis III, la Columna Serpentina y el obelisco de Constantino. Un poco más allá está Santa Sofía, auténtico corazón de la ciudad y templo capaz de causar asombro incluso a los espíritus menos impresionables. Y no es para menos: su gigantesca cúpula, que parece suspendida mágicamente en el aire, es una maravilla de la ingeniería que intentaron imitar los arquitectos otomanos durante siglos. Tanto es así, que no hay mezquita en Estambul –y suman más de 3.000– que no tenga en su ADN algo de Santa Sofía. Esta innegable influencia se aprecia en la mezquita de Suleymaniye, la mayor de la ciudad, y también en la del sultán Ahmet, más conocida como Mezquita Azul debido a los bellos azulejos de Iznik que adornan su interior.

No muy lejos se levanta otro de los tesoros de Estambul: el palacio Topkapi, construido sobre una colina, justo donde confluyen las aguas del Cuerno de Oro, el Estrecho del Bósforo y el mar de Mármara. Este majestuoso palacio, compuesto por sucesivos pabellones y jardines que se articulan en torno a cuatro patios, cobijó durante siglos a los sultanes que gobernaron el imperio. Hoy es un maravilloso museo que permite descubrir la historia del país recorriendo las antiguas residencias del sultán y su familia, o el no menos fastuoso harén, entre otros espacios singulares.

El Gran Bazar

Antes de cruzar el Cuerno de Oro, la lengua de agua que separa la península histórica del distrito de Beyoglu, merece la pena recorrer el Gran Bazar, uno de los mayores y más antiguos mercados del mundo. Si nos abruman sus 3.000 tiendas, podemos visitar el Bazar de las Especias, última parada de las caravanas que llegaban del Lejano Oriente. Hoy sigue ofreciendo hierbas aromáticas, café, dulces y, por supuesto, una variedad de especias casi infinita.

Atravesamos, ahora sí, el Cuerno de Oro, cruzando por el Puente Gálata, donde una multitud de pescadores lanza sus cañas día y noche, mientras bajo sus pies, en la planta baja, surge una sucesión interminable de restaurantes y bares donde tomar té o fumar el narguile.

El Cuerno ha quedado atrás y estamos en Beyoglu, donde siglos atrás se asentaron genoveses, judíos sefardíes y europeos de distintas naciones. Hoy el distrito posee calles comerciales como la histórica Istiklal –con numerosas tiendas y bellos edificios decimonónicos–, y también zonas con modernos cafés y galerías de arte. Su icono más inconfundible, sin embargo, se remonta al medievo: es la Torre Gálata, construida por los genoveses. Con sus 60 metros de altura, fue en su día la construcción más alta de la ciudad, y hoy permite disfrutar de unas impresionantes vistas de esta metrópoli mestiza.

Dice Orhan Pamuk, el Nobel de Literatura turco, que «La vida no puede ser tan mala cuando, al menos, uno puede darse un paseo por el Bósforo». Y, en efecto, no hay mejor manera de descubrir los dominios de la que fuera capital de tres imperios. Los ferrys que zarpan de los puertos de Eminönü o Kabatas permiten disfrutar de un relajante crucero por el Bósforo mientras se contemplan los tesoros que van surgiendo en ambas orillas, la europea y la asiática: el palacio Domalbahçe –hogar de los sultanes en las postrimerías del imperio–, la fortaleza de Europa o el barrio de Yeniköy, con sus hermosas yalis, pintorescas casitas que se asoman al Estrecho. Ya de regreso, el atardecer regala una vista de Estambul con el sol poniente pintando de tonos dorados las cúpulas de las mezquitas, cuyos minaretes convocan al rezo una vez más.

FOTOS: JAVIER GARCÍA BLANCO

Detalle de Goreme, en Capadocia

Espectacular interior del templo de Santa Sofía

Impactante Capadocia

Todo intento de describir con palabras la atmósfera de misterio que envuelve Capadocia está destinado al fracaso; incluso las fotografías, más capacitadas para captar la realidad, flaquean ante la tarea de transmitir el embrujo de esta región de Anatolia central. Lo resumió bien el viajero Paul Lucas en el siglo XVIII, al calificar Capadocia como «la cosa más maravillosa que se puede ver en el mundo». Si hoy podemos maravillarnos con sus paisajes oníricos y surrealistas se lo debemos a la actividad geológica de la Tierra: hace millones de años, varios volcanes derramaron aquí toneladas de ceniza y lava, cubriendo la zona de toba volcánica, una roca fácilmente erosionable por el agua y el viento. Como resultado, Capadocia está sembrada de parajes insólitos y llenos de magia.

Uno de estos lugares es Uçhisar, un pueblo cuyas casas se acurrucan en las laderas que ascienden hasta un sorprendente castillo. La fortaleza es en realidad un promontorio rocoso natural, compuesto de toba, al que la erosión y la mano del hombre han terminado por dar un aspecto de fantasía. Ya los hititas emplearon esta estructura para excavar recovecos y cuevas en los que refugiarse de posibles ataques. Con el tiempo, otras culturas la usaron con idéntico fin, creando un entramado de túneles que horadan todo el «castillo», dándole su aspecto actual.

Göreme

A solo cuatro kilómetros de allí, el visitante encuentra otro rincón no menos singular: el Museo al Aire Libre de Göreme. En este enclave, Patrimonio de la Humanidad, se estableció en el siglo IV una pequeña comunidad de monjes cristianos que aprovecharon la debilidad de la roca para tallar en sus montañas cónicas varias iglesias troglditas. Entre todas ellas, destacan dos: la Karanlik Kilise (Iglesia Oscura) y la Tokali Kilise (Iglesia de la Hebilla), ambas decoradas con pinturas murales de colores vibrantes que representan escenas bíblicas.

El palacio Topkapi, construido donde confluyen las aguas del Cuerno de Oro, es uno de los tesoros de Estambul

Capadocia maravilla con sus paisajes oníricos y surrealistas gracias a la actividad geológica de la Tierra

También sorprende al viajero la estampa que descubre al pasear por los parajes del Valle de Pasabagı, uno de los enclaves con mayor concentración de «chimeneas de hadas», otra muestra de la geología fantástica de la región. Sus formas resultan aún más asombrosas con las primeras luces del día, especialmente desde las alturas, a bordo de uno de los cientos de globos que inundan cada día el firmamento –si el viento lo permite– al amanecer. Otra estampa insólita que ya es, sin duda, símbolo de la mágica Capadocia.